

PREPARADO DE PAELLA

Seudónimo: MAFALDA.

Tras una mañana lluviosa, el sol de abril ha decidido aplastar las casas, inundándolas de luz y flores podridas, de lindas mariposas y decrepitos unicornios. Puta primavera bipolar. Izaskun lleva una semana con migrañas, dolor de oídos y segregando agüilla por la nariz a causa de la alergia. Es mediodía de sábado y ya ha vuelto de suplir unas horas a una compañera. De buena gana se habría metido en la cama, pero al llegar se ha dado cuenta de que no hay nada de comida hecha. En el sofá del salón, Julio se estira en uno de esos gestos que antes la ponían un poco cachonda. Solo un poco, solo antes: alzaba los brazos frente a ella, casi rozando el techo con las manos, marcaba los alerones (o como se llamen esos músculos que los tíos tienen junto al sobaco) y después rugía o golpeaba el marco de alguna puerta poniendo cara de gamberro. Años después, Izaskun comenzó a pensar que quizá no era excitación, que quizá aquellos gestos solo le parecían divertidos, o infantiles. Ahora, hoy, con la cabeza aún embotada por el trabajo, simplemente lo repudia.

—¿Puedes bajar el volumen de la tele? —él no parece oírla— ¡Julio, hostias, que vas a despertar al niño!

Leo, el niño (¿cuándo dejarán de llamarlo así?), se levantará cuando huela que hay paella, comerá y después se echará la siesta. Aunque antes hará la pelota a su madre para que no le regañe por llegar casi al amanecer, y le pedirá dinero. Sí, Izaskun sabe que se pondrá mimoso tan solo para eso, pero le da igual. Ella es adicta a esos gestos, casi extintos, de cariño. Le daría todo el oro del mundo si su niño se lo pidiera.

Julio sigue haciéndose el tonto. En la pantalla, la cabellera pajiza de Donald Trump ondea bajo las aspas de un helicóptero. El periodista le está preguntando sobre los aranceles que ha impuesto a muchos países. Al fin, entre los cojines del sofá, la mujer encuentra el mando y baja el sonido.

—¿Qué? ¿Ahora vais a seguir defendiendo a ese cabrón? Con esos impuestos... ¿sabes lo que va a pasar con el concesionario de tu padre, verdad?

—No, dímelo tú, venga, como experta en economía que eres.

—¡Pues que se va a ir a tomar por culo! —dice ella, en un tono inusual, casi gritando; luego afloja un poco, pero estira el dedo índice y le mira directo a los ojos— En unos meses tú y tu hermano vais a estar en el paro, ya lo verás.

Julio mantiene un instante la mirada. Un milisegundo. Después pega un sorbo a la cerveza, la vuelve a soltar en la mesita, se inclina hacia delante y, sin apartar la vista del televisor, replica:

—Te has tomado otro café, ¿a que sí?

¿Eso ha sido un ataque? Puede, aunque Julio ha usado un tono bastante dócil y por eso ahora es Izaskun la que duda. La que prefiere no responder. Podría saltar, gritarle que ella tiene después turno de tarde y ha tenido que ponerse a cocinar, y que él lleva toda la mañana ganduleando. Pero tendría las de perder, porque sería injusta: Julio ayer también curró y al llegar preparó la cena, y hoy, mientras ella estaba en el súper, ha barrido y fregado toda la casa. Además, si le contesta, si se acelera, que es, en realidad, lo que su cuerpo le pide, le estaría dando la razón (porque sí, se ha tomado otro café, ¿qué pasa?). Y él enseguida diría: eh, tranquila, con esa calma, con ese tono neutro tan desquiciante, y le aclararía que lo del café no era un ataque. Claro que no, niña, yo solo

quería hablar. Debatir sobre la cafeína y sus efectos traicioneros; sobre la primavera, las nubes de tormenta y esta explosiva mezcla de electricidad y sofocante calor, que nos afecta a todos. Ese tipo de conversaciones que antes, hace mucho, servían para desoxidar su relación. ¿Te acuerdas, Izaskun? Sí, claro que se acuerda. Y es que a ella antes le valía con muy poco. Un simple rato de charla, una caricia o una broma repetida. Cualquier prueba de afecto de Julio le servía para pintarse una sonrisa y mostrársela a los clientes en la caja, para después sudar su rabia en el gimnasio y después acercarse a duchar a su padre y soportar sus seniles reproches y después regresar a casa a poner lavadoras y después... pues eso, para morir de noche y volver a resucitar de día. Pero ahora no le apetece hablar, hoy no, ni darle la razón (sí, lo has notado, ¡cómo me conoces!), así que Izaskun recoge algo, algo que no era necesario ser recogido, y regresa a la cocina, dejando tras de sí un rastro de ira contenida.

Esta mañana, a eso de las siete y media, ha salido de casa con sueño. Y hace un rato ha regresado con más sueño aún, y unas ganas enormes de meterse en la cama. Pero los sábados toca paella. Paella para Leo. Así que... sí: se ha tomado otro café, aun sabiendo que a veces la altera demasiado.

Colocar la paellera. Derramar el chorro de aceite. Encender la vitro. Respirar. Mirar por la ventana del tercer piso. Enfrente están el Mercadona y el Zara; a la derecha, al fondo, el puto Corte Inglés, con esa modelo de diez metros de pierna que luce un vaporoso vestido de flores. Izaskun respira, y abre la ventana. Y la cierra. Abre y cierra, se abanica con ella. Calor, frío; silencio y ruido. Y sol y gente y esa brisa sucia y espesa y adictiva y plagada de polen. Y de humo y alquitrán. Picor en la garganta. Abrir, respirar. Cerrar. Sí: será mejor dejarla cerrada. El aceite ya está. La mujer coge un cuchillo, lo empuña, saca del congelador el preparado de paella y lo rasga, apuñalándolo

por los bordes, despacio, con la ternura de un psicópata. Echarlo en la sartén. Encender el extractor. Un enorme mejillón se ha quedado pegado al plástico, aunque ella no lo ve. Sus ojos están centrados en la cigala y las dos gambas que permanecen solidificadas, unidas en un ovillo rígido de bigotes y patas. Coger la cuchara de madera, remover el mazacote, aplastarlo. Chisporroteos, olores. Bufidos. La campana funciona mal (lleva diez siglos así), emite un lamento de tren antiguo, un gimoteo infernal que la desquicia. Así que decide encender la radio. Cadena Cien. Eso es: poner música, echarse medio vasito de vino y bailotear. Sin ánimo, por inercia. Pasitos cortos, movimientos lentos, brindis hacia el cristal. Chin-chin, por mí, chocando la copa contra su propio reflejo. Sonriendo sin ganas. Cierra los ojos, sí, ciérralos, venga. Y entonces piensa en él, en Rodri. ¿Sin querer? No, ya no. Antes sí, pero ahora incluso se obliga a hacerlo de vez en cuando. Y no solo en la ducha. Joder con Rodri, tendrá apenas cinco años más que Leo, pero cómo huele, y qué bien le sienta el uniforme de cajero. Y qué manos. Hace una hora las manos de Rodri se han quedado acariciando los productos, pasándolos por el lector. Bip, bip. Bip, bip, bip. Una, la izquierda, se ha alzado, enorme, majestuosa: adiós, compañera. Sí, esas manos están ahora mismo ahí, detrás de ella, abarcando su cintura, presionándola contra la ventana. Estrangulándola con suavidad. Y luego elevándola, con la mezcla exacta de fuerza y ternura, hacia algún satélite de esos, del imbécil de Elon Musk, para secuestrar el objeto y pilotarlo, con esas mismas manos, y llevársela, llevárselos, muy lejos, más allá del Cinturón de Asteroides. A tomar por culo de aquí.

Remueve, remueve, remueve, separa los crustáceos, Izaskun. En la radio canta Manu Carrasco. Julio aparece silbando, arrastrando sus zapatillas de felpa, cuadros azules. Hombre sereno, tranquilo, que arruga el bote de cerveza, que lo lanza hacia el cubo de

plásticos y después se acerca a ella (bandera blanca, son de paz) y le roza el trasero. Así, como sin querer. Y le quita un sorbo de vino. En ese lapso, en esos cinco segundos, Izaskun se imagina follando con él (poniéndole, eso sí, la cara, el culo y las manos de Rodri), y a la vez teniendo una bronca brutal, como la de ayer. Todo seguido, todo a la vez.

—Paellita, qué rica —el bote de cerveza ha desestabilizado el perfecto equilibrio de la montaña de plásticos, y acaba de caerse un brick de zumo, de esos que aún desayuna Leo; Julio lo ve, se agacha, lo recoge— ¿Éste era de *OT*, no?

La campana aúlla con fuerza.

—¿Qué?

—El que canta, ¿era de *OT*, verdad? —insiste Julio.

Es una pregunta retórica, retórica y absurda, pues ambos conocen la respuesta. Sobre todo, él, que era fan de ese programa. A ella no le gusta que haga eso —hombre condescendiente, paternalista—, pero tampoco piensa decírselo. Ha venido a mostrar su superioridad. Sí, la ha notado nerviosa, descontrolada, y quiere demostrar que, aun así, pese al caldo de cultivo, se puede evitar discutir. Y todo gracias a él, a su poder de autocontrol. Odia esa manía, esa necesidad de quedar por encima. Pero tampoco va a entrar a decirle eso. No, no picará. Se comerá los reproches durante estos segundos, y enseguida él regresará al salón. Venga, sí, Julio, lárgate. Coge otra cerveza y vete a ver al imbécil de Trump para luego comentar en el concesionario las nuevas patochadas que ha dicho, y reiros y ensalzarlo como si fuera un héroe. Héroe friki, payaso asesino.

—¿Me llevo algo para allá?, ¿voy poniendo la mesa? —pregunta él, la voz impostada, empalagoso dulzor de colmena.

En efecto, ya ha cogido otra lata, la lleva guardada en el bolsillo. El pantalón de chándal, el de la mili, se le cae por un lado y está lleno de lamparones. Le ha dicho mil veces que si quiere lavarlo que lo lave él, que a ella le da asco esa bandera.

—No —respirar, coger la cuchara, aplastar el mazacote—. Vete, luego te aviso.

Ayer volvieron a discutir sobre el niño. Primera fase, la tranquila, la de las coincidencias: que no estudia, que apenas habla, que no se cuida, que vete tú a saber con quién se junta, que deberíamos estar más encima... ¡Stop!, que ahí llega la segunda fase, la de los reproches: ¿Quién, yo? No, los dos, Izaskun, he dicho *deberíamos*. Ah, bueno, porque yo soy la que se encarga de todo: el instituto, los horarios, yo soy la que va con él a que se compre su ropa, sus cosas... Todo. Ya, pero a lo mejor no se trata de salir con él *solo* a comprar. Claro, como tú te lo has llevado dos veces al Bernabéu, eso ya te convierte en padre del año, ¿no? Pues mira, a lo mejor sí.

De pronto Izaskun desea que el sofrito vaya más rápido, que inunde la casa de olor a marisco; que el niño, adolescente, chico, Leo, mi vida, se despierte y la rodee entre sus brazos, mami, te quiero, y la bese en la frente y en la mejilla. Ese chute rápido, efectivo, indoloro. Quiere dejar de pensar en Julio —y en Rodri, eso es: es una gilipollez pensar en él, putos hombres, todos—, y echarse la siesta, diez minutos, quince, sola, y luego darse una ducha y largarse. Me tengo que ir, mi amor, toma veinte euros y esta noche no vuelvas muy tarde. Te quiero. Yo más a ti, mamá. Y otro abrazo. Y ya está, solo eso.

La paellera chisporrotea. La campana extractora muge desconsolada, réquiem por la muerte de la locomotora a vapor. Izaskun la apaga, y ahoga un grito de hartazgo. Apurar el vaso de vino, servirse otro. Abrir la ventana, esta vez de par en par. Aire, ruido, polen. Contaminación, ven a mí, inúndame. Desde el tejado bajan una bandada de

cotorras, el plumaje verde brillando bajo un sol de lluvia. Belleza tropical, naturaleza invasora. *National Geographic* de todo a cien. Falta solo la adormecedora voz del locutor. Se asoma un instante y mira de nuevo hacia la derecha (tiene huevos que el Corte Inglés esté en la derecha): un rebaño de personas sale ahora de la tienda, todos con esas bolsas. Puto capitalismo. Otro sorbo, venga, y sonrío. Sí, la Izaskun malvada sonrío y por momentos se imagina explosiones y carreras y gritos. Y la modelo del cartel con una pierna agujereada. Medias de rejilla. Le laten las sienes. Calor, frío. Se asusta un poco de sus pensamientos y coge el móvil, y le pone un wasap a Elena: *Compañera, hoy tengo un día de mierda.*

Baja un poco el fuego y se acerca a la habitación de Leo. Huele a alcohol, a pies, y también un poco a maría, a pesar de que él dice que ya no fuma. Entra sigilosamente, espía rusa, ladrona de museos, levanta la persiana, abre, ventila. Leo murmura algo indescifrable, se gira, ronca. Lo achucharía ahora mismo, durante horas. De regreso, pasa por el salón y vuelve a ver la cara de zanahoria de Trump, y se imagina un atentado. Pero no un intento, sino uno perfecto: el puntito rojo vibrando bajo el tupé y... ¡pam! Rápido, indoloro. Magnicidio, se dice así, ¿no? Luego aprieta los ojos, cabecea, se odia. Se odia y se quiere a la vez. Tranquila, Izaskun, son ramalazos de la mente. Del café. O del vino. Aunque a veces han durado más tiempo. A veces ha imaginado un futuro caótico, distopía razonada, en el cual hay un Milei y un Trump y un Netanyahu en cada país, dando por culo, lanzando bombas nucleares, arrasándolo todo. ¿Esto queríais?, pues ahí lo tenéis, cazurros, bestias, ignorantes. De vuelta a la cocina piensa en lo fácil que sería si dejásemos de votar a ese tipo de gilipollas, si dejásemos de criticar a todo el mundo, si cada uno fuésemos a lo nuestro y hubiera un mejor reparto de... todo, *mecagüen* el odioso Wall Street. Le dan ganas de volver y tirarle un jarrón al

zanahorio, pero en vez de eso coge dos tenedores y separa las cabezas de las gambas. Y abre las almejas. Y remueve el líquido. Entonces lo ve, al fin localiza el enorme mejillón, goteando, sobre la encimera. Es un mejillón muy grande. Lo coge, le quita la concha y lo aprieta entre los dedos, como si fuera un limón. Casi no sale jugo, así que usa las dos manos, lo coloca entre sus palmas y aplasta el bicho. No sabe por qué, pero pasa así largo rato, espachurrándolo de forma ridícula, furia absurda, rabia contenida, hasta que al fin se reniega y lo tira contra el guiso. Se lava las manos, se seca. Echa el agua, la sal, el arroz. Y mira el móvil: *Un día... cómo* —le ha escrito Elena—, *¿de esos que piensas de todo?* Luego le ha puesto varios emojis, caritas de asombro, caritas sonrojadas.

Síiii, el mundo es una mierda enorme. Necesito una copa ya. O varias, como el otro día, responde ella.

La otra tarde tardaron menos de lo habitual en hacer inventario, y Elena, Rodri y ella se fueron a tomar vinos. Y acabaron diciendo burradas. Rodri se marchó enseguida, pero antes de eso hubo un instante en que ambas le dijeron que qué respondería si le propusieran un trío. La conversación (y el alcohol) les había derivado en eso. Tras ponerse rojo, el chico, casi veinte años menos que ellas, les dijo que las dos estaban bastante bien, que se sentía muy halagado y que lo del trío era una idea interesante, pero que ahora él tenía novia. Lo dijo tan serio que se quedaron cortadas, ridículas, tierra tráganos, aunque al momento los tres explotaron en risas. Al quedarse solas, pidieron unas copas y la caja de Pandora de las burradas se abrió a lo bestia. Elena volvió a hablarle de las veces que había sido infiel a su marido. Que eso le ayudaba a estar viva, a no volverse loca. E Izaskun respondió que ella tenía días en que se sentía una diosa y una mierda a la vez. Que se imaginaba saliendo a bares y tirándose a cualquiera, pero

que al tiempo se veía incapaz de traicionar a su familia. Y acabó diciendo que no estaba segura de nada, y que llevaba tiempo con unos deseos enormes de marcharse. Pues vete, joder, pide traslado, que el niño ya es mayor, había dicho Elena. Se instaló entonces un silencio incómodo, qué estamos diciendo, a dónde lleva esto, y al final terminaron hablando del hijo de puta del jefe, del capitalismo y de la mierda que lo parió, de las guerras, de que si los palestinos muriendo a miles y aquí sigue habiendo gente tan hipócrita que piensa que es mejor que volvamos a una dictadura militar. Hablaron del ISIS, de Al Qaeda, de ETA (y hasta del IRA, a pesar de que ninguna tenía ni idea de eso), de que es normal que existan cada vez más grupos así.

La puerta del baño se acaba de abrir, e Izaskun se asoma al pasillo. El cuero cabelludo de Leo brilla en la penumbra. Hace más de un año que empezó a raparse, pero le queda muy bien. A él todo le queda bien. Remueve, remueve, echa más agua al guiso y una pizca de sal, que a él la paella le gusta salada. Remover, remover, remover despacio, con cuidado, y empezar a llevar cosas al salón. Necesita cruzarse con su hijo. Olerlo, sentir su calor. En la tele siguen las noticias, pero ahora el volumen está más bajo y el ruido de cubiertos y de pasos lo mitiga. Julio se levanta para ayudar y, al verlo, de pronto siente que le apetece pegarse a su marido como una lapa, unirse, del mismo modo que hace unos minutos lo estaban la cigala y las gambas.

—Aún no está —le dice.

—Ya, pero voy a por algunas cosas, que tengo hambre —responde él.

Algunas cosas. Algunas cosas son fuet, queso y pan. Y más cerveza. Eso son algunas cosas. Normalmente le reñiría porque esas *cosas* tan solo quitan las ganas de comer comida. Así suele decirlo ella: comer comida. Pero él dirá que es un aperitivo, que hoy

es sábado, Izaskun, cariño. Y no, definitivamente hoy no quiere discutir. Acaba de entender que eso es también una rutina, o peor: una especie de adicción. Sí: discutir es como ir al bingo o fumar o tomar cervezas. Así que regresa a la cocina, remueve la paella, sube la música y se asoma otra vez a la ventana. El sol pega en el centro del escote de la modelo. Ya es primavera en el puto primer mundo, se dice, mientras observa que, abajo, en el portal, acaba de aparcar un coche de la Guardia Civil. Detrás viene otro de policía.

El móvil de Julio está sonando. Debe ser su padre, hablan cada sábado. Mientras lleva la jarra con el agua, Izaskun empieza a pensar en el puñetero facha de su suegro y, de nuevo, se la llevan los demonios. Leo acaba de volver a su habitación, ha cerrado la puerta y ha echado el pestillo. Al pasar, Izaskun golpea suavemente con los nudillos y le dice que en quince minutos estará la paella. Cariño. Amor. Pero no hay respuesta. Es raro, es muy extraño.

Después llega al salón. Acaba de sonar el timbre, pero Julio no se mueve. Aún tiene el móvil en la oreja y está cambiando de canal. De pie, pálido. ¿Qué pasa? Por pura inercia, Izaskun mira a la tele. Noticias locales, una pandilla de jóvenes está dando patadas a un chaval marroquí. Qué hijos de puta. Entonces sucede: Julio señalando a la pantalla; el timbre volviendo a sonar; la jarra de agua escapando de unas manos temblorosas, cayendo, estallando en mil pedazos; el rostro, ese rostro rapado, tan reconocible; la voz al otro lado de la puerta, amable pero firme, abran, abran, por favor; la música de Cadena Cien, sonando de fondo; y el aroma delicioso y hogareño de la paella, que ya está casi lista para comer.